

ojo DE agua

AMBIENTE EDUCATIVO

El yang en el yin

Paradojas y desafíos en el caminar por la educación consciente.

Javier Herrero y Marién Fuentes

ojo de agua – ambiente educativo

Partida Racó de Pastor s/n, 03790 ORBA (Alicante)

965.583.213 – 649.901.562

www.ojodeagua.es – ojodeagua.ambiente.educativo@gmail.com

Primera edición: noviembre de 2018

Editado por:

ojo de agua – ambiente educativo

📍 Partida Racó de Pastor s/n,

03790 ORBA (Alicante)

☎ 649.901.562

www.ojodeagua.es – ojodeagua.ambiente.educativo@gmail.com



El texto está disponible bajo la [Licencia Creative Commons \(Reconocimiento – No comercial – Compartir igual\) 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/); por la cual:

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento: Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- No comercial: No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Compartir bajo la misma licencia: Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

He sido criado y educado en un sistema al que las personas debían amoldarse y no al revés. Como a tantas otras personas, mis experiencias infantiles están grabadas a fuego en el inconsciente. A veces, ya con hijas, me sorprendo a mí mismo con frases, tonos, gestos o reacciones idénticas a las que mi madre o mi padre utilizaban conmigo. Como tantos otros, he tenido experiencias escolares y una crianza familiar que me han producido heridas internas. ¿Quién no? Afortunadamente, he tenido la oportunidad de identificar algunas de estas secuelas emocionales y con el apoyo adecuado he podido hacerme consciente de algunos de estos automatismos, limitaciones o reacciones (violentas o pacíficas, hacia el exterior o hacia el interior). No obstante lo anterior, guardo un agradecimiento profundo hacia mi madre y también hacia mi padre, pues hicieron muchas cosas acertadas y no me cabe la menor duda de que todo lo que hicieron, incluso aquello que me dañó, fue con la mejor de las intenciones posibles y ese agradecimiento es tan profundo que no puedo expresarlo con palabras.

Con la llegada de la parentalidad, me propuse hacer con las hijas “mejor” de lo que mi madre y mi padre hicieron conmigo y comencé a recorrer un camino de búsqueda de nuevos patrones de relación. Este es un camino que ha estado y está lleno de incertidumbres, donde las respuestas no estaban ni están tan claras, donde los límites y las fronteras eran y son más difusos, donde las emociones infantiles ancladas en el inconsciente juegan un papel protagonista. Un camino en el que me he visto abocado a explorar un territorio emocionalmente desconocido con un mapa que, además, no se corresponde.

Quizá sea momento de mirar la propia sombra y dar luz a las limitaciones que descubrimos en ese sendero a medida que lo transitamos.

Buscando criar y educar de manera diferente, en ocasiones, nos encontramos en el polo opuesto -excesivamente permisivos- puesto que nuestro rechazo a la imposición arbitraria vivida en nuestra infancia -quizá con violencia, incluso- nos lleva a temer reproducir con nuestras hijas la violencia aprendida cuando niños. En otros casos, es la condescendencia con nuestras reacciones de rebeldía a causa de la falta de respeto vivida en la casa o, en su caso, en el colegio, la que nos lleva a justificar, en las hijas, acciones y expresiones que son clara y totalmente irrespetuosas. Seguramente, habrá muchos otros rastros causales en la indagación personal de cada cual.

En esa búsqueda, quizá, a veces, perdemos las oportunidades de mostrar a los hijos que hay límites necesarios en las relaciones con los demás. No es sencillo, puesto que iniciamos el camino con un recién nacido en los brazos que se encuentra absolutamente desvalido y necesitado de cuidados totales para sobre-

vivir y, por ello, nos mostramos decididos a satisfacer de manera casi absoluta sus necesidades (pues en caso contrario, la enfermedad física o psíquica o, en casos extremos, la muerte, pueden sobrevenir). Pero el desarrollo del bebé hacia la infancia y, posteriormente, hacia la pubertad, requiere que vayamos matizando esa cobertura casi absoluta de lo que los niños nos demanda. Una madre me comentaba hace poco una conversación con uno de sus hijos en la que ella le explicaba que le daría “lo que necesitaba, pero no lo que quería”. Deslindar con claridad lo que tu hija necesita de aquello que demanda -pero no se corresponde con su necesidad- no es tarea sencilla. Sin duda, tenemos que errar para aprender. Este es, pues, un campo en permanente cuestionamiento, en el que el cambio, el ajuste y la reformulación son constantes, un aprendizaje continuo sin que ello nos conduzca a perder la esencia de nuestra intención inicial de criar, educar y acompañar desde el respeto, pero teniendo en cuenta que el ser humano en desarrollo a cada paso tiene una mayor capacidad -biológica, incluso, pues ahí están las neuronas espejo que nos permiten sentir de manera vicaria lo que otra persona siente- para ponerse en la piel de los demás. Y esto es algo que se desarrolla en la medida en que se practica, de la misma manera que si lo que se practica sistemáticamente es el mantra de “lo que yo deseo”, “lo que yo quiero” o “lo que yo necesito”, esto -y no otra cosa- es lo que se desarrollará.

A nuestro juicio es muy importante que el respeto hacia la singularidad individual no derive en un “individualismo” desconectado de los demás, pues de ello se seguiría un desequilibrio insano con efectos perniciosos tanto hacia los demás como hacia uno mismo, pues la terca realidad acaba colocando a cada uno en su lugar; solo que cuanto más tarde, más duele.

Si tardamos demasiado en darnos cuenta de este necesario equilibrio entre “el yo” y “el otro”, chicos y chicas pueden acabar entendiendo que yo y mi necesidad son tan importantes que puedo permitirme ignorar a las personas a mi alrededor o pueden comenzar a demostrar actitudes de desprecio, de empatía limitada, de humor cruel, incluso -en ocasiones -de tiranía, pudiendo llegar de la agresión física.

Es por eso que considero extremadamente importante en nuestra responsabilidad hacia las niñas y jóvenes afinar lo más posible en la definición de la frontera entre el respeto a su individualidad y la mirada compasiva hacia la otra persona. ¿Dónde está la frontera entre no obligar a una niña 3 años que se esconde detrás de las piernas del papá o la mamá para evitar saludar una persona desconocida y que una chica de 11 años no se inmute, no levante la cabeza, ni responda cuando una persona conocida le saluda? Sin duda, en la miríada de experiencias que sucederán entre ambos momentos hay oportunidades diversas

para ir afinando el respeto social sin perder, en ningún caso, el sentido de ser respetado en la propia individualidad. Todos nacemos necesitados de amor. Para un niño amor es igual a atención; por eso, a veces es más dañino ser ignorado que ser tratado mal. A veces, no hacer nada, invisibilizando a una persona es un acto que produce dolor, puesto que no reconoces su presencia y, por tanto, su valor intrínseco.

Quizá sea conveniente recordar que la identidad de cada persona no existe en sí, aislada del mundo alrededor, sino que alguien solo puede ser en relación al otro, que la otra persona es absolutamente necesaria para definir mi individualidad, pues así es cómo se construye esta: por contraste con lo diferente.

A pesar de que casi ha transcurrido un siglo desde el descubrimiento de las paradójicas conclusiones de la mecánica cuántica, aún no hemos digerido mínimamente las consecuencias para su comprensión, dado que desafían profundamente la cosmovisión clásica. Cuando se ha investigado cuáles son las estructuras mínimas de materia que componen el universo que habitamos y cómo éstas se comportan, los resultados han sido sorprendentes. Parece que estas partículas subatómicas, cuando nadie las observa ni intenta medirlas se mantienen -sorprendentemente- en todos los posibles estados al mismo tiempo. Y cuando hay alguien que observa o intenta medir sus características, la mera presencia de ese observador o de la intención de observar, afecta a la partícula. Aquí podéis ver un video con una sencilla explicación de este misterio de la física:

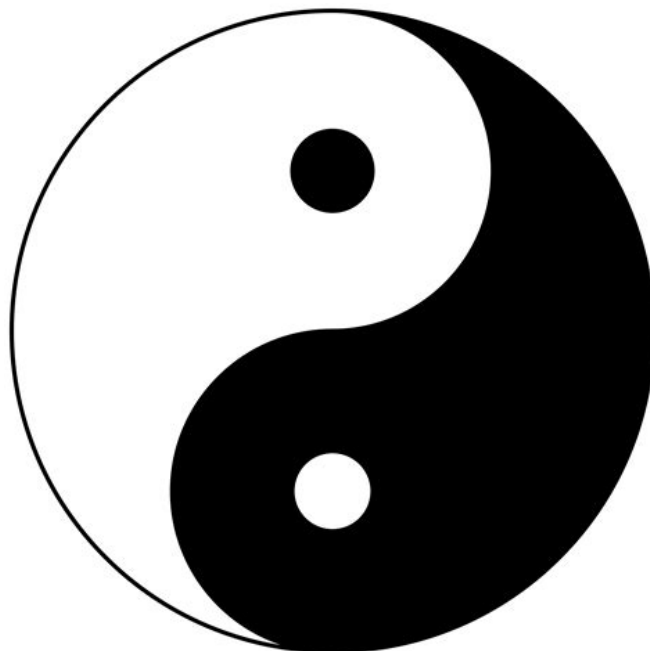
[EL EXPERIMENTO DE LA DOBLE RENDIJA](#)

Ahora bien, no debemos olvidar que estas partículas subatómicas son los ladrillos básicos de la vida, aquello de lo que todo está formado, los componentes mínimos que nos conforman a nosotros mismos como seres humanos. Es un hecho; la materia funciona así en un determinado nivel. Esta relación tan paradójica y sorprendente entre el observador y lo observado sugiere que no hay un universo independiente ahí fuera separado de nosotros que lo observamos, pues la mera observación afecta a lo que estamos observando. La frontera entre yo y el mundo se diluye.

En todo caso, estas sorprendentes relaciones microscópicas tienen profundas y desafiantes implicaciones para nuestra comprensión filosófica y ontológica sobre cuál es la verdadera naturaleza de la realidad, del ser en general y del ser humano en particular. Parece que el observador y lo observado están íntimamente ligados; tan es así, que la distinción, en último extremo, no tiene sentido.

A esto se refiere el psiquiatra Dan Siegel cuando utiliza el término interser. En lo profundo, no hay diferencia entre yo y el *otro*.

Fijémonos a continuación en la filosofía taoísta y, en concreto, en uno de sus símbolos más representativos: “el taijitu” o el símbolo del yin el yang.



Este símbolo representa la dualidad y, al mismo tiempo, paradójicamente, también representa su negación, pues en el corazón del yin se encuentra la semilla del yang. Y viceversa. Llevándolo a nuestro terreno, a veces, buscando el respeto a la singularidad individual -si nos excedemos- podemos alentar un individualismo radical de la misma manera que, otros, en el otro polo de la dualidad, buscando como valor primordial la adaptación del niño al entorno social de una manera radical, podrían cosechar una rebeldía o depresión. Dicho de otro modo, en la exploración de una actitud básica de respeto hacia la hija, necesariamente encontraremos situaciones en las que tendremos que actuar con autoridad. En el camino del respeto encontraremos su opuesto. Es más bien evidente, y no es necesario fijarse mucho, para darse cuenta de que al explorar en toda su extensión el área blanca del “taijitu”, llegamos a encontrarnos con área negra existente en su propio centro.

Cada uno de nuestros hijos nace necesitando de nuestros cuidados, todos en la vida hemos crecido y nos hemos desarrollado gracias a las personas que nos han cuidado en nuestras necesidades más básicas y es normal que viniendo de una sociedad en la que -tradicionalmente, a lo largo de los siglos- los niños no contaban sino para ser sometidos, cuidemos de su salud física y emocional teniéndoles en cuenta y escuchándoles.

A veces pienso en la vida y la veo como un camino de ida y vuelta. Como si la primera parte de la vida tuviera como misión la construcción de la propia identidad, el propio ego, y la siguiente consistiera en deconstruirlo.

Es natural y saludable la construcción de una identidad fuerte, segura en sus fundamentos básicos; pero -para que resulte saludable- esta identidad, este ego, esa autoestima debe incluir al otro, pues -como decíamos antes- la identidad solo es definida por medio de la relación. Si la polaridad del “taijitu” fuera yo/otro, la enseñanza sería que no hay, en absoluto, respeto por mí mismo si no hay respeto por el otro. Y viceversa: no hay respeto por el otro, si no hay respeto por mí mismo.

No obstante, considero necesario poner este asunto de la frontera entre respeto y permisividad sobre la mesa de nuestros hogares para invitar a todas las personas interesadas en caminar el sendero del respeto y la educación consciente -madres, padres, niñas, niños, jóvenes, acompañantes- a conversar sobre las propias experiencias en el contacto con esta difusa frontera entre respeto y permisividad al ejercer nuestra responsabilidad como adultos que acompañamos el proceso de desarrollo de niños y jóvenes.

Desde otro punto de vista, en el nivel macro, el planeta nos lo está pidiendo. Nos pide disolver esta creencia fundamental de la cultura occidental en la que existe una separación entre yo y el mundo. Dado que nos sentimos y nos creemos separados de la naturaleza, creemos que podemos saquearla, explotarla, exprimirla, consumir sus recursos para nuestro propio goce, para nuestra propia necesidad, para nuestra propia ambición, sin mirar en el largo plazo y vislumbrar las consecuencias para nosotros mismos y para el resto de vecinos de este ecosistema que es el Planeta Tierra. Así es como nuestra incapacidad para cuidar del planeta nos acaba colocando en un serio riesgo vital. En el nivel macro, el planeta nos está pidiendo que limitemos nuestras “necesidades” teniendo en cuenta a quienes nos rodean. En el nivel micro, el pedido es mirar al otro, cuidar de él.

En tu caso, ¿cómo percibes este ámbito de tu responsabilidad como madre, padre o acompañante? ¿Qué experiencias has tenido en este terreno caminando al lado de tus hijos? ¿Cómo te apañas en tu quehacer diario para afinar con mayor precisión la frontera entre la permisividad y la autoridad? ¿Es un desafío para ti? ¿Cuál es la presencia de “la mirada hacia el otro” en tu proceso de acompañar el desarrollo de tu hijos?

Parece necesario plantearse estas preguntas para evitar una autocomplacencia excesiva. No resulta cómodo, pero creo firmemente que es saludable -de vez

en cuando- mirar la propia sombra. Darle presencia en las conversaciones, nos ayuda a reconocerla, a aceptarla e integrarla. El resultado suele ser un nuevo equilibrio, una mayor armonía, más paz.